

AQUEL CIELO CARMESÍ

(Relato inspirado en un hecho real)

Luis Miguel Sánchez Tostado

Si preguntas al brigada Ortuño sobre aquel cielo carmesí, te mirará de soslayo, apretará la mandíbula y optará por un “prefiero no hablar de ello” de teniente para arriba, o “que te lo cuente tu puñetera madre” de subteniente para abajo. Encenderá un Ideales y regresará a la sentina de sus soledades por el camino opuesto al que apareciste.

Teruel. Enero de 1938. Ortuño saca pescuezo en la trinchera y se lleva los prismáticos a la cara. Peina la posición enemiga y farfulla algo sobre las madres de los rojos. El leal cabo Marañas se embelesa en la bragueta del suboficial. Vuelve en sí con el sopapo.

— ¡¿Qué miras, maricón?!

— ¡*Cagüen los rojoh marxistah!* —balbuce con ojos de pez.

El cabo Marañas corre por la trinchera con la cabeza doblada y los brazos hacia atrás en forzada postura. “El brigada tiene *podereh*”, musita fascinado ante la capacidad de Ortuño para leer sus pensamientos, desconociendo que es su propia simpleza quien lo delata. El joven Marañas tiene los ojos tristes, la tez solitaria, el entrecejo poblado y los labios huérfanos de besos, no por falta de amor ni anhelo de sentirlo. De su cuello pende un escapulario de la Virgen del Carmen al que se aferra cuando le asalta el miedo o los pensamientos impuros, como si aquel trocito de tela estuviera bordado con hilos de amparo, como si aferrándose a la reliquia percibiera el abrazo inefable de la patrona, que por ser la madre de los marinos, también lo es de los grumetes.

Marañas nació en Sanlúcar de Barrameda el mismo día que su madre murió de sobreparto. Su progenitor lo dejó al cuidado de las monjas de la Casa Cuna. Dicen que se enroló en un cuerpo de armas, pero vete a saber. Las nodrizas lo amamantaron hasta que echó los dientes, y en el hospicio hasta los once, cuando un contraamaestre lo puso a tejer redes en la dársena del puerto. En el trasmallo perdió sus verdores entre aparejos, pargos y chirlas. Jornales de sol a sol solo por el sustento, indigencias que el infeliz agradecía

sonriente al mezquino patrón del palangrero Bravura. Ortuño conoce su historia y, cuando repara en sus manos descarnadas por el salitre, cuando en las trincheras lo ve declamar versículos memorizados de su devocionario sin saber leer, solo para darse nota, propende a enternecerse. Pero guarda silencio.

A estas alturas de la guerra, la causa recluta a niños, memos y gañanes, tan útiles como otros si disparan mosquetones a la orden de fuego. En el regimiento saben que Marañas, sin ser lerdo profundo, anda escaso de reflejos, es torpón y ayuno en juicios para solaz de legionarios bravucones que se mofan de él. Dice el furriel que Marañas tiene para la guerra el mismo espíritu que un conejo y empuña el Máuser con la marcialidad de un gancho atunero.

Marañas venera al brigada Ortuño porque, a diferencia de los demás, y pese a su aspereza cuartelera, le respeta, nunca se burla de él. Al brigada le enternece su candor, su nobleza inicua por falta de correspondencia. Le conmueve su fervor religioso y su interés por agradarle: tabaco de picadura, papel de liar, pintas de clarete, capote para el frío, cupones de racionamiento, café de achicoria y su sonrisa indisoluble, pertinaz. “¡Que no me arropes, maricón!”, rechaza a viva voz para evitar comidillas. “¡*Cagüen loh rojoh marxistah!*”, repite Marañas para agradarle cuando, en realidad, desconoce quién fue Carlos Marx, ni por qué sus seguidores son rojos y no marrones, ni por qué llaman “Santa Cruzada” a la insurrección del treinta y seis, ni por qué lo hicieron cabo, ni por qué lo llevaron a pegar tiros a Teruel a veinte grados bajo cero.

Marañas desafina habaneras de su Cádiz natal, y tararea las letras cuando las olvida:

Mi madre fue una mulata
y mi padre un general,
o teniente de una fragata,
que va y que viene para ultra mar.
Mil *veceh* tenté la suerte
sobre *lah olah* del mar.
Mil veces *nanino nero...*
nanino nero naninoná...

El brigada lo observa en silencio sopesando si su retraso y su memoria obsolescente sanarían con una adecuada ración de hostias y putas. Manos de santo, decía, para despabilar cortos y rehabilitar ambiguos.

Las tropas del Ejército de Levante, al mando del comandante Hernández Saravia, han arrebatado Teruel a los franquistas, lo que supone un giro inesperado en los acontecimientos. En el bando gubernamental se celebra con júbilo la victoria que frena el avance de los insurgentes. Franco, al que nadie tose, repara que su camino triunfal hacia Madrid se ha enquistado en un alcor del mapa. Por ahora renuncia a Madrid, prefiere el empeño del Bajo Aragón y poner cerco a la capital turolense.

El 25 de enero, el Ejército Popular lanza una ofensiva al norte de la ciudad y toma Singra. La batalla es encarnizada bajo unas condiciones climatológicas durísimas. Pero algo ocurre aquella noche que abre las bocas, silencia los fusiles y siembra el pavor en los pilotos de los blindados. La Infantería contempla despavorida cómo el cielo negro se torna de repente de un rojo maléfico. Nadie, ni los más ancianos recuerdan algo parecido por lo que, temiendo una artimaña enemiga, se desata primero la inquietud, después el pánico. El cabo Marañas, con los ojos como plateas, corre a despertar a Ortuño:

— ¡Mi brigada, mi brigada, el cielo es *marxistah!* —vocifera, señalando a las alturas.

El suboficial toma los prismáticos y observa aquel rojo fantasmagórico que se cierne sobre ellos como un manto de sangre.

— ¡Gases! ¡Nos gasean los perros comunistas!

— ¡*Cagüen loh rojoh marxistah!* —corrobora Marañas.

— ¡Transmisiones, ponme con el puesto de mando!

Marañas se inquieta con las carreras, los juramentos y los válgame Cristo de una amenaza roja de la que no saben cómo librarse. Los centinelas abandonan sus puestos y buscan a don Teófilo el capellán, en la certeza de que un ministro de la Iglesia necesariamente ha de estar ducho en las cosas del cielo. El veterano sacerdote, alarmado por la confusión, observa aquel extraño cielo carmesí. Limpia sus anteojos con un pañuelo y los ajusta de nuevo en el caballete de su nariz. Jamás vio cosa igual. Maravillado, se santigua tres veces para conjurar lo inexplicable. Descarta los fuegos fatuos, también las luces de San Telmo. Después de cuatro cavilaciones, al fin encuentra explicación para el rubor del cielo: el prodigio de la sangre de Jesucristo se precipita sobre Teruel en penitencia por la impía guerra entre hermanos. Algo así como la licuefacción de la sangre de San Genaro, pero al por mayor. Se postra el capellán y eleva sus alabanzas sin separar los ojos del cielo. Los soldados le imitan, pero es tal la inquietud que desatan las vetas de polvo rojo, que no pocos dudan de la hipótesis divina y comienzan a sospechar de una argucia republicana. Temiendo un fatal desenlace, requieren del sacerdote anticipos de

extremas unciones. Como sombra atada a los pies, el cabo Marañas sigue a Ortuño a todas partes.

—Que no es el fulgor de un incendio, mi capitán, que son gases venenosos que los rojos han lanzado desde algún cohete —inquieto, el brigada habla por el radioteléfono—, o habrán rellenado los obuses de gas y se los habrán dado a disparar al Atilano ese. No tardará el veneno en caer sobre nosotros.

Se refería Ortuño al mítico artillero de la coplilla:

En el cielo manda Dios,
en la tierra los gitanos,
y en los montes de Teruel
los cojones de Atilano.

—Mi unidad necesita máscaras de gas con urgencia —continúa el brigada—. ¿Cómo que no hay máscaras? ¿Que las pocas que hay son para el puesto de mando?— Ortuño se tensa y prescindir de protocolos— ¡Me cago en los calostros que mamá, que nos van a gasear como a chinchas!

— ¡*Cagüen loh rojoh marxistah!* —secunda Marañas, que se abraza al Máuser y se aovilla en el suelo, como resumido en el claustro de su madre muerta.

Despegan escuadrillas de Fiat CR-32. Los cazas de la Legión Cóndor sobrevuelan el cielo nocturno, verifican que no hay incendios en el horizonte y, tras alcanzar la máxima altura, disparan al cielo. También la artillería de campaña eleva sus calibres y hacen tronar el aire con la esperanza de que las deflagraciones, el cierzo y la Providencia devuelvan la amenaza roja al enemigo. Pero las vetas se agigantan lentamente y, por momentos, exhiben trazas esmeraldas, prueba de la toxicidad de los agentes químicos al contacto con los obuses.

— ¡Que nadie abandone su puesto! ¡Si hemos de morir, lo haremos por Cristo Rey, por España y por el Caudillo, ¡maldito sea! —brama Ortuño que patear a los soldados que aguardan turno para ser ungidos— ¡A vuestros puestos, *cagoentó*, que sois soldados, no plañideras!

Encabritado, Ortuño encadena maldiciones y se desgañita soltando canicas de saliva. Tira de varios requetés sobre los que el páter se dispone a esparcir el hisopo. Bajo el cielo escarlata, y con las manos juntas, corean las rogativas del capellán: “Oh, Altísimo Señor. Tú que lo conoces todo, sabrás que los rojos son el anticristo, que aspiran al

ateísmo, a la masonería y al caos. Postrados ante Ti, te pedimos, oh Padre, que en la hora suprema no veas tanto nuestros pecados como nuestro empeño por la Santa Cruzada, la Fe verdadera y la Iglesia de Roma. Elévanos a tu seno y caiga sobre los perros infieles el merecido escarmiento. En el nombre perfecto de Jesús. Amén”.

A Ortuño le extraña no ver al cabo Marañas sumándose a las rogativas o mirando su bragueta. Lo busca a gritos por la trinchera, pero no contesta. “Este cretino cree que puede llegar a Cádiz en tres zancadas”.

—Mi brigada, al aparato el coronel Cabrera —el joven Transmisiones le aproxima el radio teléfono, que está conectado a su mochila con un cable en espiral.

—A la orden de usía, mi coronel. Al habla el brigada de infantería Ortuño desde la posición Altos de Celadas... Negativo. Mis hombres temen que caiga sobre ellos el gas rojo y están rezando... Lo que oye, mi coronel, rezando como beatas. Necesito refuerzos y.... ¿Que no hay refuerzos porque están todos cavando fosas?... ¿Cómo?... ¿Pero, mi coronel, cómo voy a pedir a mis hombres que caven sus propias fosas?... Ah, que bajo un palmo de tierra y con respiraderos filtrados podrían subsistir las primeras horas hasta que el gas venenoso se disuelva en la nieve. De acuerdo, daré instrucciones.... ¿Cómo dice? —Ortuño se tapa con un dedo la oreja libre cuando arrecian las plegarias— ¿Dice usía que uno de mis hombres abandonó las líneas y se unió al enemigo?... ¿¡El cabo Marañas!?! ¡Maldito tarado! Descuide, me encargaré de él si lo capturamos.

El brigada desenfunda su Astra del nueve largo, escupe juramentos y obliga a los implorantes a cavar fosas dentro y fuera de las trincheras, cada uno la suya, lo que acrecienta el desasosiego en el regimiento. “¡Estoy autorizado a volar los sesos de quien no acate las órdenes del puesto de mando!”, clama con la mente en el cabo Marañas. Jura dar su merecido al gaditano traidor pues, cuando los rojos lanzaron al cielo los gases mortíferos, corrió a unirse a ellos buscando su propia salvación. Se esfuma su clemencia, maldice el fingimiento de cabo honesto y desprendido, habitual mascarada de mentes inválidas, piensa, ingenuas en el trato pero bien despabiladas a la hora de buscar su provecho cuando el destino se tuerce.

En la noche, bajo un cielo maldito, los hombres cavan y rezan. Entrada la madrugada, en el frente suenan voces lejanas y algunas ráfagas. Ortuño y una patrulla acuden prevenidos y toman posiciones cuerpo en tierra. Una silueta renqueante avanza en la negrura. Se adentra en zona nacional con dos caballerías en reata con los serones colmados. Las bestias, con la nieve por los garrones, a duras penas vencen el altozano.

— ¡Alto ahí! ¡Santo y seña! —gritan al de las caballerías.

— ¡*Cagüen loh rojoh.... marxistah!*

— Es el cabo Marañas, mi brigada —informa el quinto más adelantado.

— ¿Marañas? No disparéis. ¡Dejádmelo a mí!

Ortuño, pistola en mano, sale a su encuentro. Lo agarra por las solapas y le conmina: “¿Cómo se te ocurre desertar, majadero?”. Marañas sonríe sin entender. Sus ojos de pez, más redondos y solitarios que nunca, buscan en los del suboficial trazas de júbilo por encontrarse de nuevo. El cabo lo abraza y aproxima su cabeza al pecho de Ortuño. Busca latidos. Pero las piernas del andaluz flaquean y, tras un gemido corto, se derrumba sobre la nieve. Ortuño se mira las manos pringadas en caliente y siente una punzada en el alma. “Le han alcanzado”. Marañas, con la sonrisa helada, tira del brigada hacia el suelo, se aproxima a su oreja e hilvana un hilo de voz: “*Loh marxistah* están *cagaoh* con el rayo de la muerte”. Se decían en las cantinas que el Tercer Reich había convertido a España en un banco de pruebas de armas experimentales que más tarde Hitler empleará en la invasión de Europa. Marañas había oído hablar a Ortuño del Proyecto Sonnengewehr, una plataforma espacial con un espejo cóncavo de tres kilómetros de diámetro capaz de concentrar la luz solar en un rayo destructivo y dirigirlo a un punto elegido de la Tierra, como el espejo ustorio de Arquímedes en Siracusa. Era el rayo de la muerte.

—Ganaremos la guerra —musita conciliador Ortuño, que enfunda el arma y evita con su brazo que la cabeza del cabo toque la nieve.

Con la sonrisa tumefacta, el joven asiente y ambos dirigen la mirada al hipnótico escarlata del cielo, cada vez más intenso y amenazador. Marañas levanta su capote y descubre una máscara de gas. “Póngasela. En *lah* caballerías hay más para *loh muchachoh*”. Desliza dos dedos por el rostro hirsuto del brigada y entona el estribillo olvidado de la habanera:

Mil *veceh* tenté la suerte
sobre *lah olah* del mar...
Mil *veceh* busqué la muerte
y no la pude encontrar.

Son sus últimas palabras antes de que la luz de la vida se apagara en sus pupilas. Ortuño, con los ojos inundados, lo abraza con sentimiento, lo mece y concluye la habanera que él mismo le enseñó:

No llores mi vida

no llores mi amor,
mira que tus lágrimas
me causan dolor.
Si lloras la ausencia
de aquel que te amó
si lloras vida mía
también lloro yo.

El brigada Manuel Ortuño entierra a su único hijo, José Ortuño, más conocido por el cabo Marañas, en la fosa que él mismo cavó unas horas antes. Fue él quien reclamó a su hijo para su unidad cuando se enteró de que lo habían movilizado, y fue él quien propuso para el ascenso a cabo cuando salvó la vida de un sargento en primera línea de fuego.

Los hombres de la unidad de vanguardia de Altos de Celadas, protegidos por las máscaras antigás que Marañas robó a los republicanos, aguardan resignados a que el gas bermellón se precipite sobre ellos, pero inopinadamente aquel cielo carmesí desaparece como por ensalmo cuando la alborada irrumpe sobre los ventisqueros de levante. Se desata el júbilo y don Teófilo da gracias al Altísimo por aprobar sus rezos y contriciones.

Tras dos meses de cruenta batalla, con miles de bajas por los efectos de la guerra, el frío y el hambre, las tropas de Vicente González, *El Campesino*, abandonan las posiciones y el 22 de febrero la infantería rebelde recupera la ciudad devastada haciendo miles de prisioneros e incautando material bélico. Teruel está irreconocible: muros arpadados de metralla, cancelos boqueteados, cráteres en los terrizos, fachadas leprosas, tejados a cielo abierto, postes caídos, cables colgantes, miseria, hambruna, quebrantos y desolación bajo un manto de polvo y nieve.

Armado y prevenido, el brigada Ortuño se adentra en las calles yermas. El silencio es imponente, intimidada. Accede a lo que parece una agencia informativa internacional, desalojada con prisas. Todavía human colillas en los ceniceros. Hay documentos, gacetas, crónicas subrayadas y máquinas de escribir. Junto al teletipo, un periódico y una tarjeta de identificación: “Ernest Hemingway, corresponsal acreditado para la *North American Newspaper Alliance*”. El suboficial toma un rotativo fechado el 26 de enero de 1938, día que enterraron a Marañas:

AURORA BOREAL INSÓLITA SOBRESALTA A EUROPA

Los británicos pensaban que el castillo de Windsor estaba en llamas y en la guerra de España cundió el temor por el uso de armas químicas e hicieron acopio de caretas de gas y mascarillas. Astrónomos consultados por esta redacción confirman que se trataba de la aurora boreal más bella del siglo XX debido a una extraordinaria actividad del sol en los días previos. El viento solar proyecta sobre la atmósfera terrestre un colosal flujo de partículas que producen radiaciones electromagnéticas que forman espectaculares fenómenos de luz, si bien estos bellos espectáculos celestes son muy poco frecuentes en latitudes meridionales. A diferencia de las habituales auroras boreales en el círculo polar ártico con sus tonos verdosos y azulados, la que se dejó ver en Europa el pasado 25 de enero adquirió una intensa tonalidad rojiza.

El brigada cierra el periódico y pierde la mirada en el infinito. “Perdóname, hijo”, musita contrariado.

La batalla de Teruel dejó más de noventa mil muertos y una aurora de prejuicios sobre lo desconocido. Aquella noche cayeron todas las máscaras, las de gas, las de los bravucones que resultaron melindres y la de un conejo valiente del que ya nadie se mofa. Fue en el instante en que cerró los ojos y dejó caer las páginas del periódico, cuando Ortuño tomó conciencia de que perderían la guerra, aun cuando se alzaran vencedores.